

LIBROS



¡DE ESO NADA!

D. H. Lawrence
Alpha Decay

Deberíamos dejar de escribir las memeces que escribimos, aparcas esta vanidad y esta mierda, parar máquinas diez años y limitarnos a leer a los muertos, que ya lo dijeron todo mejor y más alto. La sensación me sobreviene siempre que leo a Lawrence (1885-1930), inglés defensor de la vitalidad instintiva y de la espontaneidad que el exceso de civilización nos ha escamoteado. Un tío que en sus textos propugnó amar la vida, entender el sexo como algo valioso despojándolo de cualquier mirada vergonzosa y tirar millas en fila india, con la calma, conscientes de que la masa es gansa, idiota y obscena tanto en concepto como en práctica. Por supuesto, se le tachó de pornógrafo y misógino y su obra fue blanco de denuncias, vetos y procesos legales que le llevaron a un exilio itinerante, si bien su primer mérito fue otro y fue estético: el talento a la pluma. Ahí están *El amante de Lady Chatterley*, *La serpiente emplumada*, *La virgen y el gitano*, *El hombre que murió* o su copiosa obra poética. *¡De eso nada!* es un cuento de 1927 que vio coartada su existencia desde que fue escrito. Fue así porque trata con sangre y seso la anécdota de un torero, bestia salvaje y racial, en relación tensa con una dama inglesa y mojadiza que representa lo que sería la razón. La razón femenina y terrenal. Su pérdida. Lo que sea. La censura española lo declaró baboso y repugnante hace 60 años y prohibió su publicación, pero ahora nos llega, bien servido en traducción de Albert Fuentes y Xavier Zambrano, para solazarnos como si hubiera sido escrito mañana por el último hombre, uno que conoció la naturaleza de la especie y que supo llamar a las cosas por su nombre. Lawrence certifica que en literatura todo tiempo antiguo fue no sólo mejor, sino más moderno.

RUBÉN LARDÍN



TRAGADOS POR EL ABISMO. LA HISTORIETA DE AVENTURAS EN ESPAÑA

Pedro Porcel
Edicions De Ponent

Y esto es un libro de quitarse el sombrero, hacer la genuflexión y besar en la boca a Pedro Porcel, un erudito del papel viejo y la cultura popular que sabe orquestar temibles montantes documentales y por defecto escribe grato, distraído y estimulante. *Tragados por el abismo* es un título muy adecuado en la intención de rescatar que se propone en sus páginas: censar, historiar y reseñar las aventuras coloniales, exóticas, bélicas, policiales, espaciales o del oeste mismo que este país doloroso ha dado desde que dos siglos atrás se vulgarizase la literatura en material de quiosco, tenderete y evasión, ya en folletín por entregas, secundando aquel cine de jornadas que llamamos seriales o como

cuadernillo de cubiertas flamantes y contenidos de lo ramplón a lo extraordinario: tebeos. La cantidad de datos que maneja es apabullante a primera vista, pero resulta que se conoce tan bien el paño, viene tan bien equipado de amor verdadero, respeto, talento divulgador y sentido común, que acaba llevándonos en volanditas de 1900 a 1966, a través de casi quinientas páginas ilustradísimas que son panóptico de nuestro rico tejido de mitos populares (eh, que en los 40 una serie de éxito podía llegar a vender cien mil ejemplares cada semana) y sobre todo de las docenas de aspirantes psicotrónicos que se quedaron por el camino tras cumplir su función eventual. El primer valor de este libro, tan incómodo como acorde en su formato apaisado, es de investigación y desbrozo, pero su logro final es que hace la boca agua y el corazón chaval. El tan difícil instruir deleitando.

RUBÉN LARDÍN

EL COMBATE DEL SIGLO

Jack London
Gallo Nero

De igual modo que mis mayores tal vez sintieran lástima por mí —si fue así, nunca me lo dijeron— por haber nacido en una época y lugar en que disciplinas tan nobles y antiguas como las carreras de galgos y de caballos están proscritas en virtud de un afán protector que a alguien beneficiará pero no a mí, ni a nadie a quien haya conocido, no puedo por menos que lamentarme por los alevines que han crecido desconociendo el íntimo placer de llegar a casa de madrugada, encender el televisor y retrasar el momento de tumbarse en la cama a ver rotar el techo solazándose con la imagen de dos tanques humanos zurrándose la badana por dinero en un cuadrilátero. Los tiempos cambian a peor, pero fariseos los ha habido siempre: Jack London, que fue periodista además de novelista, buscador de oro, vagabundo y pescador furtivo de ostras, tuvo en 1910 que desplazarse hasta Nevada, único estado americano en el que el boxeo no estaba vetado, para ver cómo Jack Johnson, un negro, noqueaba al hasta entonces invicto Jim Jeffries: blanco. Las crónicas previas y del combate que escribió London para el *New York Herald* conforman la primera mitad de este libro; la segunda es un largo artículo de 2010 en el que un tal Barack Y. Orbach explica de forma pormenorizada las consecuencias que acarreó que un tipo de piel oscura se impusiera a uno de piel clara: una ola de censura impulsada por los sectores políticos y religiosos (los de siempre) con el objetivo de impedir que la filmación del combate, ergo el triunfo del negro, se exhibiera en parte alguna y encendiera la mecha de tumultos y algaradas. La censura cinematográfica en bien de la ciudadanía. También eso me suena. Quizá los tiempos no cambien tanto, al fin y al cabo

JESS BURTON